

**La (no) satisfacción como fin. Voluntad, pulsión y deseo desde
Schopenhauer, Freud y Kierkegaard ***

*The (non) satisfaction as an end. Will, drive and desire from Schopenhauer,
Freud and Kierkegaard.*

Por: Rodríguez, Néstor Emanuel Maximiliano **

Universidad Nacional del Nordeste.

Resistencia, Chaco. Argentina

E-mail: rodriguezmaxi55@gmail.com

Fecha de recepción: 8/04/2022

Fecha de aprobación: 19/04/2022

DOI: <http://dx.doi.org/10.30972/ach.075868>

Resumen

El presente artículo pretende abordar los planteos de tres autores fundamentales del siglo XIX, ellos son Arthur Schopenhauer, Søren Kierkegaard y Sigmund Freud; intentando, a través del análisis de conceptos específicos, establecer ciertas relaciones (y/o influencias) entre dichos autores y sus ideas. El mismo comienza con una pequeña aproximación a los conceptos de *voluntad* (Schopenhauer) y *pulsión* (Freud) para luego, a través del análisis de ciertas similitudes entre dichas ideas, poder establecer una relación entre lo planteado por Kierkegaard en su estadio estético de la existencia y la no satisfacción del deseo allí presente, con previo pasaje por los otros dos estadios planteados por este.

Palabras claves: Voluntad; representación; pulsión; deseo; satisfacción.

* El presente trabajo surge en base a los contenidos desarrollados en la cátedra "Filosofía Contemporánea del Siglo XIX" (UNNE).

** Estudiante avanzado del Profesora en Filosofía, Facultad de Humanidades (UNNE).

Abstract

This article aims to address the ideas of three fundamental authors of the nineteenth century: Arthur Schopenhauer, Søren Kierkegaard and Sigmund Freud; trying, through the analysis of specific concepts, to establish certain relationships (and/or influences) between the mentioned authors and their ideas. It begins with a brief approach to the concepts of will (Schopenhauer) and drive (Freud) and then, through the analysis of certain similarities between their ideas, to be able to establish a relationship with Kierkegaard's esthetic stage of existence and the non-satisfaction of desire, with a previous passage through the other two stages proposed by him.

Keywords: Will; representation; drive; desire; satisfaction.

Cómo citar este artículo:

APA: Rodríguez, N. E. (2022). La (no) satisfacción como fin. Voluntad, pulsión y deseo desde Schopenhauer, Freud y Kierkegaard. *Acheronta*, N° 7, 52-66. Recuperado de: (agregar dirección web)

Introducción

“Todo júbilo desmesurado (exultatio, insolens laetitia) se basa siempre en la ilusión de haber descubierto en la vida algo que no era de encontrar en ella, en concreto, la permanente satisfacción de los penosos deseos o preocupaciones que siempre vuelven a renacer. De cada particular ilusión de esa clase hemos de recuperarnos después inevitablemente y entonces, cuando desaparece, pagarla con tantos amargos dolores como alegrías causó su aparición”.

Arthur Schopenhauer

Para empezar, el objetivo central de este escrito es poder plantear el concepto de *voluntad* en Arthur Schopenhauer para luego intentar compararlo con el concepto de *pulsión* en Sigmund Freud (concepto clave para todo el pensamiento psicoanalítico que surge con este) y las ideas acerca del *deseo* que plantea Søren Kierkegaard cuando

menciona, particularmente, su estadio estético de la existencia. Se pretende, en un primer momento, generar o mostrar los lineamientos principales del pensamiento schopenhaueriano, siguiendo luego con la idea central de la objetivación de la *voluntad* en el cuerpo para posteriormente relacionarlo con la pulsión freudiana presente en cada sujeto, según su teoría. Se pretende abordar, además, la idea de que tanto la *voluntad* como la *pulsión* tienen como fin la satisfacción en un objeto determinado, pero que esta satisfacción nunca se da de una manera total ya que siempre sobreviene otro objeto distinto al anterior en el cual la voluntad y la pulsión buscan dicha satisfacción; planteado esto, luego se intentará comparar estas dos últimas concepciones con los planteos kierkegaardianos acerca de la no-satisfacción del deseo en el estadio de existencia mencionado más atrás, ya que “la única continuidad de la existencia estética (y romántica) es la del tedio, fuente y desembocadura de todos esos brillantes deseos” (Wahl, 1989, p. 27).

El concepto de *Voluntad* en Arthur Schopenhauer.

Schopenhauer concibe al mundo de una manera, si se quiere, platónica; dividiendo a la realidad en dos planos: voluntad y representación. A la representación podemos definirla como *eso* que percibimos, es decir, como el fenómeno, como eso que se me aparece frente a mi sensibilidad¹; esta, a su vez, es producto de la voluntad pero solo existe en tanto haya un sujeto cognoscente, es decir: un sujeto que dé cuenta de esas representaciones: “todo lo que existe para el conocimiento, o sea, todo este mundo, es solamente objeto en referencia a un sujeto, intuición de alguien que intuye; en una palabra, representación” (Schopenhauer, 2004, p. 51). Por su parte, a la voluntad podemos definirla como la cosa o la realidad en sí misma, es decir, la esencia misma de las cosas (o lo que Kant denominaba *noúmeno*) y, a diferencia de la

¹ “«El mundo es mi representación»: esta es la verdad que vale para todo ser viviente y cognoscente, aunque solo el hombre puede llevarla a la conciencia reflexiva abstracta: y cuando lo hace realmente, surge en él la reflexión filosófica. Entonces le resulta claro y cierto que no conoce ningún sol ni ninguna tierra, sino solamente un ojo que ve el sol, una mano que siente la tierra; que el mundo que le rodea no existe más que como representación, es decir, solo en relación con otro ser, el representante, que es él mismo” (Schopenhauer, 2004, p. 51).

representación que existe en tanto hay un sujeto que conozca, la voluntad es incognoscible por no estar sometidas a las leyes propias de la representación que constituyen el principio de razón: *tiempo, espacio, y causalidad*². Sobre esto, Schopenhauer (2004) nos dice:

... la palabra *voluntad*, que como una fórmula mágica nos ha de hacer patente la esencia íntima de todas las cosas en la naturaleza, no designa en absoluto una magnitud desconocida, un algo alcanzado mediante razonamientos, sino algo inmediatamente conocido, tan conocido que sabemos y entendemos mejor qué es la voluntad que cualquier otra cosa de la clase que sea (p. 164)³.

Ahora bien, esta voluntad, plantea Schopenhauer, si bien no es cognoscible, sí se manifiesta en el cuerpo del sujeto, de esta manera “el cuerpo es aquí para nosotros objeto inmediato, es decir, aquella representación que constituye el punto de partida del conocimiento del sujeto” (Schopenhauer, 2004, p. 67)⁴. Es en el cuerpo donde la voluntad se hace presente y se objetiva, tal como plantea nuestro autor cuando escribe que “la acción del cuerpo no es más que el acto de voluntad objetivado, es decir, introducido en la intuición” (p. 152). En consecuencia, es la voluntad la que domina el cuerpo, es la voluntad la que guía al cuerpo; el deseo del cuerpo no es más que el deseo de la voluntad objetivada en el sujeto, por lo tanto el deseo es el motor de las decisiones de los sujetos en pos de su satisfacción. Siguiendo esta línea, es

² “Quien haya conocido la forma del principio de razón que se manifiesta en el tiempo puro como tal y en la que se basa toda numeración y cálculo, habrá conocido con ello toda la esencia del tiempo (...); la sucesión es la forma del principio de razón en el tiempo; la sucesión constituye toda la esencia del tiempo. – Quien además haya conocido el principio de razón y como rige en el espacio intuido en forma pura, ha agotado con ello toda la esencia del espacio; pues este no es en su totalidad más que la posibilidad de las determinaciones recíprocas de sus partes a la que se denomina *situación* (...). Del mismo modo, quien haya conocido aquella forma del principio de razón que domina el contenido de aquellas formas (el tiempo y el espacio), su perceptibilidad, es decir, la materia; o sea, quien haya conocido la ley de causalidad, ese habrá conocido toda la esencia de la materia en cuanto tal: pues esta no es en su totalidad sino causalidad” (Schopenhauer, 2004, p. 56).

³ Otra definición importante para el desarrollo de este escrito es el planteo de “considerar todas las fuerzas de la naturaleza como voluntad”, primando la aparición de la palabra *fuerza*.

⁴ “El conocimiento que tengo de mi voluntad, aunque inmediato, no es separable del conocimiento de mi cuerpo. Yo no conozco mi voluntad en su conjunto, como una unidad, no la conozco completamente en su esencia, sino exclusivamente en sus actos individuales, o sea, en el tiempo, que es la forma del fenómeno de mi cuerpo como de cualquier objeto” (Schopenhauer, 2004, p. 154).

importante mencionar que este *deseo* producto de la voluntad en el sujeto está presente siempre (ya que la voluntad no está sometida ni al espacio ni al tiempo) y que cada deseo producto del cuerpo en situaciones particulares determinadas no es más que la objetivación de esa voluntad, pero esta voluntad opera de manera indeterminada desde siempre y no responde a un espacio y tiempo determinado. En otras palabras, el deseo que un sujeto quiere satisfacer *ahora* no es más que el deseo de la voluntad hecha fenómeno, pero este deseo en sí mismo permanece inalterable en el ser humano en tanto está presente siempre, por lo que si el sujeto satisface un deseo, luego le sobreviene otro el cual tiene que volver a satisfacer, y así *ad infinitum*. Y este deseo, entonces, es producto de que en él (el sujeto) está presente la voluntad en sí misma que es siempre *deseante*. Para clarificar mejor todo esto, podemos señalar lo que el propio Schopenhauer (2004) sostiene:

La *voluntad* se manifiesta como el ser en sí del propio cuerpo, como aquello que ese cuerpo es además de ser objeto de la intuición o representación, ante todo en los movimientos voluntarios de ese cuerpo, en la medida en que estos no son más que la visibilidad de los actos de voluntad individuales con los que aparecen inmediatamente y en total simultaneidad como idénticos a ellos y de los que solo se distinguen por la forma de la cognoscibilidad en la que se han transformado, es decir, se han convertido en representación (p. 158)⁵.

Ahora bien, una vez planteado cómo se manifiesta la voluntad en el deseo o los deseos particulares de los sujetos, es preciso entender que este deseo o necesidad producto de la voluntad objetivada en el cuerpo es permanente, en tanto nunca se satisface del todo ya que una vez satisfecho un deseo sobreviene otro nuevo deseo al cual también hay que satisfacer, ya que “la satisfacción pone fin a este; pero frente a un deseo que se satisface quedan al menos diez incumplidos (...). E incluso la satisfacción finita es solo aparente: el deseo satisfecho deja enseguida lugar a otro” (Schopenhauer, 2004, p. 250).

⁵ Siguiendo esta línea, Schopenhauer (2004) plantea que, por lo tanto, “mi querer no puede explicarse en toda su esencia a partir de los motivos [que aparecen en un momento particular], sino que estos determinan simplemente su exteriorización en un instante dado, son la simple ocasión en la que se muestra mi voluntad” (p. 159).

Entonces, ya planteada esta teoría schopenhaueriana sobre la voluntad y el deseo, podemos traer a colación el concepto de “pulsión” planteado por Sigmund Freud y cómo este puede relacionarse con lo planteado por Schopenhauer, a la vez que es posible, también, rastrear una cierta influencia de este último en la teoría freudiana.

El concepto de *pulsión* en Freud.

En primer lugar, podemos definir a la *pulsión* desde su naturaleza, siendo esta “una fuerza constante, de origen somático, que representa «una excitación» para lo psíquico” (Chemama, 2018, p. 365), por otro lado, también podemos definirla como un concepto “destinado a dar cuenta (...) de las formas de relación con el objeto y de la búsqueda de la satisfacción” (p. 361). ¿Qué quiere decir? En un primer momento, podemos entender a la pulsión como algo destinado a la satisfacción, es decir, hacia una necesidad que debe ser satisfecha y que dicha satisfacción se produce en un *objeto* determinado. ¿Qué relación tiene esto con Schopenhauer? Pues bien, así como en Schopenhauer la voluntad mueve al sujeto hacia la satisfacción de un deseo, aquí la pulsión también mueve al sujeto en pos de una satisfacción que se realizará en un objeto determinado, es decir, un *algo* donde lograr esa satisfacción. Ahora bien, una cualidad importante de la pulsión es que, como plantea Freud y se cita en Chemama (1998), “es el representante psíquico de una fuente continua de excitación proveniente del interior del organismo” (p. 364); por lo tanto, al igual que Schopenhauer y la voluntad, la pulsión es *eso* que mueve al sujeto pero que, de alguna manera, está siempre presente, y solo se manifiesta o se objetiva (se representa) en un objeto determinado *ahora*, pero que al interior propio de la pulsión –y la voluntad– ésta es siempre constante.

¿Qué quiere decir todo esto? Que tanto la voluntad como la pulsión son, en términos más freudianos, una fuerza que mueve al sujeto hacia la satisfacción, y esa satisfacción se da en un objeto determinado, en un lugar determinado, en un momento determinado, pero la pulsión y la voluntad en sí mismas son indeterminadas,

están siempre presentes (y latentes) en el sujeto o, más bien, en el cuerpo del sujeto. Por lo tanto, podemos notar una cierta relación de este concepto freudiano con la idea de voluntad propia de Schopenhauer, ya que si bien Schopenhauer habla desde un lugar más (o puramente) filosófico y metafísico en tanto la Voluntad fundamenta la realidad, ésta a la vez se objetiva en el cuerpo y actúa de una manera particular. Esta manera particular es la que interesa abordar aquí y compararla con lo pulsional en Freud; en ambos autores se puede ver una cierta *fuerza* indeterminada que mueve al individuo hacia una satisfacción determinada. Es decir, una fuerza o impulso que busca constantemente satisfacerse, pero esa satisfacción en sí misma no necesita de un objeto determinado y particular, sino que *se manifiesta* en esos objetos de deseo, pero en sí misma es solo un deseo constante hacia algo indeterminado. Para clarificar esta idea podemos ver los siguientes fragmentos que exponen las ideas de los autores aquí trabajados.

Schopenhauer (2004) plantea:

... esos actos de la voluntad tienen todavía una razón fuera de sí, en los motivos. Sin embargo, estos nunca determinan más que lo que yo quiero en *este* momento, en *este* lugar y bajo *estas* circunstancias, y no *que* yo quiero en general, ni *qué* quiero en general, es decir, la máxima que caracteriza el conjunto de mi querer. Por eso mi querer no puede explicarse en toda su esencia a partir de los motivos, sino que estos determinan simplemente su exteriorización en un instante dado, son la simple ocasión en la que se muestra mi voluntad (p. 159)⁶.

Freud, por su parte –en este caso en boca de Jacques Lacan- plantea que:

En la pulsión, no se trata, para nada de energía cinética, de algo que se regule según el movimiento. La índole de la descarga en cuestión es muy distinta y está situada en un plano muy diferente (...). Es una fuerza constante (Lacan, 2010, p, 172).

A la vez que “*en cuanto al objeto, en la pulsión, que quede bien claro que no tiene, a decir verdad, ninguna importancia. Es enteramente indiferente*” (p. 175).

⁶ Siguiendo esta línea, Schopenhauer plantea también que no se puede saber por qué se busca o se desea *eso* determinado porque la voluntad misma que guía ese deseo escapa al principio de razón, es “*carente de razón*”.

Por consiguiente, tanto la voluntad como la pulsión funcionan como una *fuerza* que guía al sujeto hacia una satisfacción que en sí misma es indiferente con el objeto de satisfacción⁷, pero que el sujeto en tanto representación y sometido al principio de razón, al tiempo y al espacio lleva esa necesidad de satisfacción hacia un objeto específico aquí (lugar) y ahora (tiempo) del cual podemos entender *qué* es ese objeto pero no *por qué* es ese objeto, porque recordemos, la voluntad en sí misma carece de razón porque escapa al principio de razón; principio propio de la representación.

El objeto como lugar para la satisfacción.

Una vez planteado esto, podemos abocarnos a la cuestión del objeto mismo de satisfacción. Como dijimos anteriormente, la voluntad y la pulsión mueven hacia la satisfacción y dicha satisfacción se da en un objeto específico. Ahora bien, ¿este objeto específico satisface del todo al sujeto, la voluntad y la pulsión? Tanto Freud como Schopenhauer dirán que no, porque si la voluntad y la pulsión en sí mismas no tienen nada que ver con el sujeto en tanto representación que se satisface con los objetos del mundo en tanto representación, su satisfacción sería solo pasajera e ilusoria. La voluntad mueve al sujeto y lo lleva a desear, pero la voluntad es todo lo contrario a la representación, por lo tanto, cualquier objeto de satisfacción del sujeto sería propio del mundo como representación; *ergo*, la pulsión no se satisface o, al menos, no lo hace del todo. Sobre esto, Schopenhauer (2004) nos dice:

La satisfacción es breve y escatima. E incluso la satisfacción finita es solo aparente: el deseo satisfecho deja enseguida lugar a otro; aquel es un error conocido, este, uno aún desconocido. Ningún objeto del querer que se consiga puede procurar una satisfacción duradera y que no ceda, sino que se asemeja a la limosna que se echa al mendigo y le permite ir tirando hoy para prorrogar su tormento hasta mañana (p. 250)⁸.

⁷ “Lo primero que dice Freud de la pulsión, valga la expresión, es que no tiene ni día ni noche, ni primavera ni otoño, ni alza ni baja. Es una fuerza constante” (Lacan, 2010, p. 172).

⁸ Otro fragmento que refleja esto es el siguiente: “Entre el querer y el alcanzar discurre toda la vida humana. El deseo es por naturaleza dolor: la consecución genera rápidamente saciedad; el fin era solo

¿Qué se pretende plantear aquí? Que la satisfacción es temporaria, que el objeto de satisfacción funciona solo como paliativo, el deseo nunca es satisfecho en su totalidad. Una vez que se satisface un deseo en un objeto específico, sobreviene un nuevo deseo en un nuevo objeto, la necesidad de satisfacción propia de la voluntad y la pulsión es representada en un objeto que una vez alcanzado, muta en otro objeto. Por lo tanto, “la pulsión (...) al contrario del instinto con metas y objetos definidos, carece de una orientación fija” (Pereira Barbosa, 2018, p. 49). Sobre esto, Chemama (1998) explica que:

El fin de la satisfacción de la pulsión, dicho de otro modo, la posibilidad de que el organismo alcance una descarga pulsional, o sea, reconduzca la tensión a su punto más bajo y obtenga así la extinción (temporal) de la pulsión. En cuanto al *objeto*, es todo aquello que permita la satisfacción pulsional, o sea, alcanzar el fin. De todo esto surge que los objetos pulsionales son innumerables pero también, y sobre todo, que el fin de la pulsión no puede ser alcanzado sino de manera provisional, que la satisfacción nunca es completa porque la tensión renace enseguida y que, al fin de cuentas, el objeto siempre es en parte inadecuado y su función nunca se cumple definitivamente (p. 365).

Podemos pasar ahora a los planteos de Kierkegaard y cómo se pueden rastrear también allí ciertas ideas similares.

Los estadios de la existencia humana.

Kierkegaard, en su filosofía, plantea tres importantes estadios para la existencia humana, estadios que se suceden entre sí pero de manera contingente, no necesaria ni fija; por lo que pueden seguir cierto orden o no. Estos estadios se denominan *estético*, *ético* y *religioso*. Ahora bien, en un primer momento podemos decir que el estadio estético se basa en el deseo individual y la intención de satisfacerlo, centrándose el ser humano en *vivir el momento* para siempre, sin importar tanto el futuro como los

aparente: la posesión hace desaparecer el estímulo: el deseo, la necesidad, se hace sentir otra vez bajo una forma nueva” (Schopenhauer, 2004, p. 371).

demás sujetos, por lo que esta fase se puede caracterizar por un egoísmo pulsional que solo busca la propia satisfacción. Sobre esto volveremos más adelante.

Por otro lado, al estadio ético podemos caracterizarlo como una fase dedicada al deber social, al cumplimiento de lo que se nos impone como ciudadanos y dejando de lado el egoísmo en pos de los otros. Wahl (1989) plantea que este estadio ético:

Sería (...) el de la reafirmación, de la fidelidad a los demás y a sí mismo. Será el del trabajo y el tiempo. Por contraste con la fase estética, dominado por el 'esto lo mismo que aquello', será el dominio de la elección por la cual el individuo asuma su responsabilidad de sí mismo, toma para sí el ser él mismo y adopta su situación (p. 29).

Entonces, según lo citado anteriormente, podemos decir que el estadio ético se basa, sobre todo, en el compromiso del sujeto para consigo mismo y para con los otros, por lo tanto, este estadio se ve representado –para Kierkegaard– por la figura del *ciudadano* y el *marido*, por lo que podemos notar una cierta correspondencia del sujeto con el otro en tanto ciudadano y el otro en tanto esposa/o en pos de una vida más allá del momento, más allá de la satisfacción momentánea que caracteriza al sujeto en el estadio estético.

Planteados los dos primeros estadios, queda ahora por caracterizar el estadio religioso. Este estadio, en primer lugar, surge desde el fracaso del estadio ético y, por lo tanto, puede entenderse como un abandono tanto de la relación egoísta con sí mismo propio del estadio estético y del deber con los otros propio del estadio ético para centrar toda su atención en la relación con Dios. Aquí, el sujeto se reconoce como un sujeto en falta frente a Dios, es decir: se reconoce como pecador. Sobre esto, Wahl (1989) escribe:

La fase ética no puede ser, pues, más que un lugar de paso. Su más alta expresión es el arrepentimiento, consumación y destrucción de la ética. 'Es sólo cuando me elijo como culpable cuando me elijo absolutamente a mí mismo'. El optimismo en que se fundaba la fase moral, se disipa. Por el fracaso de lo ético, que se ve en el

arrepentimiento, pasamos a la fase religiosa. Estamos siempre en falta ante Dios (p. 33)⁹.

Entonces, una vez plateados los tres estadios de la existencia humana para Kierkegaard, es preciso pasar al estadio de mayor provecho para nuestro escrito, el estadio *estético*, del cual desarrollaremos de manera más profunda sus características para luego compararlas con las ideas ya planteadas de Schopenhauer y Freud.

La existencia estética y la primacía del deseo.

Durante el estadio estético, como planteamos anteriormente, prima el deseo individual. Durante este estadio, la principal preocupación del ser humano es conseguir el placer, buscar la satisfacción. La vida aquí se torna romántica, donde solo se vive el momento. “Quien vive en la fase romántica, vive poéticamente. No sufre el menor yugo, busca el deleite, disuelve toda realidad en posibilidad, crea una abigarrada serie de humores y va incesantemente hacia nuevos deseos” (Wahl, 1989, p. 21). Dicho esto, recalquemos la aparición de la palabra *deseos*.

En la existencia estética lo que predomina en el sujeto es el deseo, por lo tanto, es el deseo el que mueve al ser humano en pos de la satisfacción. El deseo, entonces, funciona como motor de las decisiones de los sujetos, decisiones que son siempre *para* y *en* el momento, ya que lo que se busca es la satisfacción inmediata. Se vive, como plantamos anteriormente, poéticamente; el sujeto, así, “se halla en estado de ebriedad estético-intelectual” (Wahl, 1989, p. 21), por lo que podemos decir que el sujeto, en este estadio, se encuentra en un estado *dionisiaco* de embriaguez, danza y caos; donde lo que predomina es el deseo individual y el momento actual.

⁹ Sobre esto, Kierkegaard (2008) nos regala un hermoso pasaje en el cual expresa lo siguiente: “¡En el mundo también se habla muchísimo de las vidas desperdiciadas! Sin embargo, no hay más que una vida desperdiciada, la del hombre que vivió toda su vida engañado por las alegrías o los cuidados de la vida; la del hombre que nunca se decidió con una decisión eterna a ser consciente en cuanto espíritu, en cuanto yo; o, lo que es lo mismo, que nunca cayó en la cuenta ni sintió profundamente la impresión del hecho de la existencia de este Dios, lo que representa una ganancia infinita que no se puede alcanzar si no es pasando por la desesperación. ¡Ay, de esta miseria no se habla!” (p. 48)

Dicho esto, podemos plantear que la existencia estética se rige por una sensación idílica en el sujeto en la cual se actúa en un estado de exaltación de los placeres y de la constante presencia del deseo; deseo que, como dijimos, se convierte en legislador de las decisiones del sujeto. Ahora bien, ¿cómo podemos relacionar esta concepción del deseo en Kierkegaard con lo planteado por Schopenhauer y Freud en los apartados precedentes?

El deseo como primer motor ¿inmóvil?

Sabemos que para Schopenhauer la voluntad se manifiesta en el cuerpo, es decir, el cuerpo es el fenómeno de la voluntad. En el cuerpo propio del individuo, la voluntad se manifiesta, y se manifiesta como deseante; y ésta, en tanto deseante y presente en el cuerpo, guía al cuerpo hacia eso que se desea para poder lograr una satisfacción. Por lo tanto, vemos una primera relación entre Schopenhauer y Kierkegaard en tanto ambos planteos ponen al cuerpo del individuo como deseante. Ahora bien, desde los planteos de Freud también notamos esto en tanto tengamos presente el concepto de pulsión, esta pulsión, presente en el cuerpo de los sujetos, mueve al ser humano mediante el deseo con el fin de la satisfacción. Por lo tanto, podemos ver en estos tres autores una idea central común: el deseo mueve al sujeto, el sujeto intenta todo el tiempo encontrar la satisfacción y el placer.

Ahora bien, como ya lo planteamos anteriormente, el deseo nunca se satisface del todo ya que el objeto hacia el que tiende ese deseo, una vez alcanzado, se desplaza hacia otro lugar, moviendo con ello (y generando otra vez) el deseo mismo. Por lo tanto, podemos ver que el deseo que mueve al ser humano en pos del placer y la satisfacción a la vez es movido en tanto persigue una satisfacción que nunca llega del todo, o que si llega, muta rápidamente, generando así una persecución y un deseo latente, palpitante, que no quiere –no puede- quedarse en un lugar determinado porque la satisfacción es más fuerte y por ello la busca.

Entonces, a modo de cierre de este pequeño apartado, podemos decir que el deseo, en tanto causa del movimiento del sujeto en pos de la satisfacción, es a la vez

movido por el objeto de satisfacción que, una vez satisfecho, se mueve y se transforma en otro objeto o se mueve hacia otro lugar, generando así una movilidad del deseo en tanto necesariamente unido con el objeto de satisfacción de ese deseo.

Más que el objeto, lo que mueve es la imposibilidad.

Como planteamos anteriormente, la tesis principal sobre el deseo que sostienen Schopenhauer y Freud se basa en que éste se satisface –aunque nunca lo hace del todo- pero una vez satisfecho, este deseo sobreviene con un objeto de satisfacción diferente al anterior, por lo que el deseo nunca cesa sino que solo cambia su *telos*. Ahora bien, para Kierkegaard lo que mueve el deseo no es la satisfacción y la variabilidad del objeto, sino la imposibilidad de satisfacerlo. Lo que motiva al ser humano en el estadio estético, para Kierkegaard, no es el deseo en sí mismo y las ganas de satisfacerlo, sino el hecho de no poder hacerlo nunca, “el poeta es el que sueña un acto que no llega a realizar nunca” (Wahl, 1989, p. 22).

En Kierkegaard, así como en la voluntad schopenhaueriana y la pulsión freudiana, el deseo es constitutivo del sujeto, pero más importante que el deseo es el lapso que hay entre este y su objeto, es decir, el momento de la *búsqueda* de la satisfacción, pero no la satisfacción en sí misma, ya que este deseo nunca se satisface. Lo propio del sujeto que atraviesa el estadio estético es la imposibilidad de llegar hacia el placer que desea, “así, los partidarios del placer, lanzados a la búsqueda del instante que pasa, no viven sino en el instante que ha pasado” (Wahl, 1989, p. 23). Para clarificar esta idea, podemos traer a colación lo escrito por Barthes (2014) respecto al deseo:

La frustración tendría por figura la Presencia (veo todos los días al otro y sin embargo no me siento colmado; el objeto está ahí, realmente, pero continua faltándome, imaginariamente). La castración tendría por figura la Intermitencia (...). La Ausencia es la figura de la privación; a un tiempo deseo y tengo necesidad. El deseo se estrella contra la necesidad: está ahí el hecho obsesivo del sentimiento amoroso (p. 58).

El objeto de la satisfacción está, el existente estético se enamora, por ejemplo, pero no concreta ese enamoramiento con la persona amada, el deseo que tiene por objeto a esa persona amada no llega a la satisfacción, pero esta no-consecución del placer y la satisfacción del deseo es propia de este estadio estético, en tanto lo que prima es el deseo, la búsqueda de la satisfacción y su imposibilidad, más que el deseo y su satisfacción en un objeto determinado. Es decir que, lo que motiva al sujeto que vive una existencia estética es la no-satisfacción, es la no-culminación del deseo, es el abismo que hay entre el inicio del deseo y la consumación del mismo –consumación que nunca llega-, generando, a su vez, angustia y displacer en él. Sobre esto, podemos ver que Schopenhauer (2004) esboza también un excelente párrafo que nos ayuda a aclarar –y cerrar- esta cuestión:

... al dolor que nunca se aparta de nosotros siempre le buscamos una causa externa concreta, algo así como un pretexto, del mismo modo que el hombre libre construye un ídolo para tener un señor. Pues vamos sin descanso de deseo en deseo y aunque cada satisfacción lograda, por mucho que prometa, no nos satisface sino que la mayoría de las veces se presenta enseguida como un error vergonzoso, no entendemos que llenamos el tonel de las Danaides, sino que corremos siempre hacia nuevos deseos (p. 376).

Conclusión

Finalmente, y para resumir, podemos decir que existe una cierta relación entre Arthur Schopenhauer y Sigmund Freud y hasta una posible influencia del primero hacia el segundo ya que, ambos planteos teóricos encuentran confluencias en conceptos tales como el de *voluntad* y *pulsión* en base a la búsqueda de la satisfacción de un deseo indeterminado propio del sujeto en un objeto determinado por el espacio y tiempo; satisfacción a la vez que nunca es en su totalidad y por lo que el objeto siempre deviene en otro, moviendo así al sujeto hacia constante búsqueda. Por lo tanto, si bien el planteo schopenhaueriano es claramente metafísico explicando la realidad y su fundamento, podemos encontrar estas particularidades que luego fueron retomadas por autores –en este caso Freud- para explicar al ser humano concreto.

Vemos, a su vez, ciertas confluencias también con el pensamiento kierkegaardiano en el cual la motivación del deseo mismo es la imposibilidad de su satisfacción, sin importar el objeto, mostrando de esta manera ciertas conceptualizaciones que unen los pensamientos de estos tres autores aquí trabajados y el cual resulta interesante para futuros análisis sobre la cuestión.

Bibliografía:

- Barthes, R. (2014). *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Chemama, R. (1998). *Diccionario del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Kierkegaard, S. (2008). *La enfermedad mortal*. Madrid: Trotta.
- Lacan, J. (2010). Desmontaje de la pulsión. En: *El seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Pereira Barbosa, M. (2018). Acerca del *Trieb* en Freud. *Investigaciones en Psicología*. N° 23, 1, pp.: 45 – 53.
- Schopenhauer, A. (2004). *El mundo como voluntad y representación*. Madrid: Trotta.
- Wahl, J. (1989). *Kierkegaard*. Puebla: UAP.